

CRISIS ECONOMICA Y COOPERACION EN AMERICA LATINA

Héctor Dada

Bolívar y la integración latinoamericana

Bolívar no fue un soñador, sino un hombre que supo hacer de una utopía —en el sentido sociopolítico del término— un móvil de su gran acción libertadora: tuvo la clarividencia de comprender que sin unidad, Latinoamérica sería incapaz de ejercitar plenamente su derecho de autodeterminación y de desarrollar todas sus potencialidades. La constitución de un gran Estado que englobara a todas las naciones que conformaban este territorio se convirtió en la gran utopía de la última etapa de su vida, dando sentido a su acción política.

La historia mostró la imposibilidad de materialización del gran ideal bolivariano; pero también ha enseñado que la desintegración de las que fueron colonias de las potencias ibéricas, no solamente ha dificultado, en muchas ocasiones, el ejercicio de la soberanía de los estados, sino que, en más de un caso, ha facilitado aun el cercenamiento de territorios latinoamericanos. Bolívar tenía razón al considerar necesaria nuestra unidad, y sigue siendo necesaria, a pesar de que históricamente no haya sido realizada ni sea realizable.

“Nuestra América” —como la llamaba el Libertador— vive hoy una de las situaciones más críticas de su historia: el sur del continente se encuentra en una lucha por la desaparición de dictaduras negadoras de los derechos de sus pueblos y por la reaparición de la democracia; en Centroamérica se han gestado situaciones revolucionarias en las que los pueblos intentan poner fin a décadas de explotación y represión. Todo ello en momentos en que Latinoamérica tiene poco que esperar de supuestos aliados y amigos, en que sólo su propia fuerza puede darle presencia en la historia. El conflicto del Atlántico Sur, en el que las potencias occidentales dejaron sola a América Latina, y durante el cual los tratados occidentales fueron bur-

lados por los Estados Unidos, mostró el irrealismo de ciertas alianzas. En Centroamérica, la potencia más importante del planeta intenta, por medio de acciones militaristas y prepotentes, impedir —o al menos limitar— el legítimo derecho a la autodeterminación de los pueblos, a la vez que obstaculiza la posibilidad de que sean los latinoamericanos los que tengan la prioridad en la solución de los problemas latinoamericanos.

La utopía de Simón Bolívar, la necesidad de unirnos en una defensa común de nuestra propia seguridad y de nuestra propia idiosincrasia, pasa así, de necesaria, a indispensable y urgente. América Latina tiene el deber histórico de darse cuenta que los dolorosos caminos de sus pueblos hacia la consecución de sus objetivos son problemas que atañen a la globalidad latinoamericana y que la agresión militar imperialista no sólo cercena el derecho de uno o dos pueblos, sino es una agresión contra todos los latinoamericanos.

La crisis económica

No sólo problemas políticos sufre la región, sino que también ha dado muestra de su gran vulnerabilidad económica en los últimos años. La crisis económica de los países desarrollados y las medidas que éstos han tomado para enfrentarla, han originado en América Latina un agravamiento de las dificultades económicas y sociales que ya venía padeciendo. Y si en el decenio pasado se generó la frustrada decisión de volver a depender de los mercados de los países centrales para dinamizar nuestras economías, hoy no parece realista volver a hacer depender nuestras expectativas de las tasas de crecimiento de estos últimos años.

Los países más grandes de la región habían intentado centrar su desarrollo en la sustitución de

importaciones durante los años treinta; otros iniciaron este proceso sólo a partir de la última postguerra; pero los primeros y los segundos, para continuar su proceso de industrialización, recurrieron a ampliar los mercados latinoamericanos como condicionante del dinamismo de la inversión productiva. La desvalorización de los productos primarios —exportables como base del desarrollo— cedía el paso a la etapa de la sustitución de importaciones a nivel regional o subregional como fundamento más sólido y confiable.

Sin embargo, rápidamente, esta tesis dejó de ser el centro de la política económica de la gran mayoría, si no de la totalidad de los países latinoamericanos al observar que la sólida expansión del mercado de los países industrializados generaba una demanda en constante crecimiento para los productos de la región. Nuevamente la exportación a economías de fuera del área tomó el papel de motor principal en los programas de desarrollo.

El proyecto no funcionó con demasiada eficiencia, pero las condiciones de la economía internacional permitieron a los países latinoamericanos el acceso fácil a los créditos de la banca privada de los países industrializados. De esta forma, las necesidades de importación de la región fueron cubiertas con una deuda que crecía a velocidades insospechadas pocos años atrás. Todo parecía marchar sobre ruedas, y los mecanismos de cooperación e integración sufrían las consecuencias lógicas de esa política.

El presente decenio nació bajo la influencia de la recesión económica más prolongada a que se ha visto sometida la economía internacional desde los años posteriores al fin de la segunda guerra mundial. Los países centrales vieron expresarse esa crisis a través de la continua caída de la producción, altas tasas de inflación, aumento del desempleo y descenso de la inversión. Las medidas de política económica que utilizaron estos países se centraron primordialmente en el combate a la inflación, a través de ajustes recesivos. Estos impulsaron las tasas de interés al alza, lo que los llevó a niveles desconocidos en el mercado internacional por casi cinco décadas.

América Latina se vio así sometida a un doble problema; el comercio internacional perdía dinámica por la recesión y las medidas proteccionistas de los industrializados, mientras las altas tasas de interés aumentaban la carga de la deuda a niveles intolerables, a la vez que se dificultaba la adquisición de nuevos créditos en divisas internacionales.

La internacionalización de las economías latinoamericanas había crecido gracias a las políticas del decenio anterior, y ello las volvía más expuestas a los vaivenes de las economías centrales. Como dice el SELA: "el aumento de la vulnerabilidad que afecta a la región, y el deterioro de los marcos tradicionales de su acción internacional, afectan el cumplimiento de sus objetivos de desarrollo".*

La necesidad de la cooperación regional

Los países centrales parecen haber entrado en una nueva atapa de recuperación económica; algunos discuten la solidez de la salida de la crisis, y aseguran que no es realmente seguro que no haya una nueva caída en los indicadores económicos, mientras, que para otros, se está en presencia de un nuevo período de larga recuperación. Menos optimista lucen las perspectivas que para nuestros países tienen ese proceso, pues no está nada claro el hecho que se traduzca en una pronta recuperación de la exportación latinoamericana a los países industrializados —aun en el caso de sostenimiento de las tasas de crecimiento— dada la naturaleza de la recuperación.

El SELA señalaba en la VIII Reunión del Consejo Latinoamericano que "todo indicaría que el camino más apropiado es la adopción de una estrategia común al conjunto de países de la región, cuyas dos grandes vertientes deben ser, por una parte, el refuerzo de la seguridad económica colectiva, y por la otra, la rápida puesta en marcha de un programa de acción destinado a reforzar la cooperación y la integración económica regionales."²

América Latina no puede olvidar que la excesiva apertura al mercado internacional que tuvo lugar en los años setentas ha vuelto a incrementar su grado de vulnerabilidad frente a las crisis de los países centrales; la forma en que actualmente sufre los efectos de la recesión mundial no puede menos que hacernos volver nuestros ojos hacia las potencialidades interiores de "nuestra América" para convertir las en el factor central para la dinamización de sus economías.

Estas tendrán en los próximos años el enorme reto de responder a las necesidades de una creciente población. Volviendo a citar al SELA, pode-

* SELA. *Basas para una estrategia de seguridad y de independencia económica*, mimeo. S.P./CL/VIII.0/DT. No. 36. 3 de agosto de 1982.

² SELA, *op. cit.*, p. 25.

mos expresar que "en la última parte de este siglo, el problema económico de América Latina será tanto un problema de producción como un problema de empleo. De ahí surge la necesidad de una creciente redistribución del ingreso que asegure una justa participación de todos los sectores en el excedente social y crecimiento suficiente del mercado interno de cada país de la región".*

Todo ello parece difícil de lograrse fundamentándose en una potencial apertura de los mercados centrales, dadas las condiciones que se han señalado con anterioridad y la poca receptividad que los países industrializados han mostrado ante las demandas del tercer mundo.

La búsqueda de acciones individuales de los países latinoamericanos tampoco parece el mejor camino para lograr la seguridad económica que tanto necesitan. Como expresan Alzamora e Iglesias "a causa del carácter extremadamente desfavorable de la actual coyuntura internacional, las acciones unilaterales que los países pudiesen emprender para mejorar su inserción en el escenario económico internacional, podrían conducir a un ruinoso proceso competitivo entre los países de la región. ... adquiere vital importancia volver nuevamente los ojos hacia la región y hacer de la integración y de la cooperación regionales un factor esencial para la dinamización de las economías latinoamericanas".**

La crisis, por lo tanto, obliga a tomar medidas en dos direcciones: por un lado, la definición de los niveles racionales de programas de desarrollo acordes con los intereses de sus pueblos y no de minorías privilegiadas; y por el otro, actualizar la decisión de consolidar la unidad de acción de la región como condicionante necesario para la consecución de los objetivos de esas definiciones de políticas nacionales. Si las presentes condiciones de nuestras economías generan tendencias indiscutiblemente desintegradoras, dada la naturaleza de su inserción internacional, su enfrentamiento, la toma de una ruta de recuperación, debe pasar necesariamente por la cooperación y la integración.

La vigencia de la utopía bolivariana

La utopía bolivariana adquiere una importancia enorme hoy que celebramos el bicentenario de su

* SELA, *op. cit.*, p. 12

** Alzamora, C. e Iglesias, E. *Basas para una respuesta de América Latina a la crisis económica internacional*. E/CEPAL/G. 1246. 16 de mayo de 1983.

natalicio. La realidad política y económica que vive Latinoamérica hacen más necesaria que nunca la adopción de la acción de quienes desean ver a esta región independiente y próspera.

Al igual que en los inicios del siglo XIX, en estos últimos años del siglo XX la integración latinoamericana se ve enfrentada a escollos casi insalvables; no sólo existen fuerzas exteriores interesadas en mantenernos divididos para dominarnos más fácilmente, sino que hay grupos sociales en el interior de las naciones de la región que tienen más interés en mantener sus lazos de asociación dependientes que en el desarrollo y la seguridad económica de sus respectivos países. En no pocos casos, éstos son los sectores dominantes que determinan las políticas de los diferentes estados en que está dividida "nuestra América".

La lucha por la seguridad económica latinoamericana adquiere así un profundo contenido político. No se trata sólo de integrar mercados, ni de proyectos conjuntos de inversión aislados de las políticas internas de los respectivos países; se trata, sin duda, de una real transformación de América Latina, en la que los intereses de los pueblos adquieren prioridad sobre los de minorías egoístas, responsables en gran medida de la situación que atravesamos.

A los "realismos" inmediatistas, que intentan poner parches temporales a condiciones que surgen de realidades estructurales, debemos imponer una gran utopía de unidad e integración. Las utopías no son sueños, tampoco son proyectos a ser realizados de inmediato, son el objetivo que debe iluminar la acción diaria, la meta a la que debemos intentar llegar por lejanía que parezca. Una acción cotidiana que no nos acerque día a día hacia esa meta, es una acción errática, sin coherencia, sin destino; negarnos una utopía nuestra es servir a los intereses de quienes tienen otras utopías, casi siempre, contrarias a las nuestras; en tanto que la de quienes queremos ver a nuestra región próspera e independiente, con sus pueblos gozando el fruto de su propio trabajo, de su derecho de autodeterminación mientras aprovecha sus propios recursos, no puede ser otra que la cooperación e integración regional.

Bolívar no necesita monumentos ni memorias; el mejor homenaje que puede hacerse es la actualización de su ideal, el reconocimiento de la vigencia de su más grande objetivo. Este es el gran reto que ahora enfrentamos.